

PRÓLOGO

*En muchas de sus páginas, Borges deja trampas
y también una linterna. Propone tan bellos dilemas
que uno se olvida de que perduran sin resolver.*
(EPÍGRAFE DE UN IMAGINARIO LECTOR)

Jorge Luis Borges abordó una importante cantidad de cuestiones vinculadas con la filosofía y con las ciencias y, seguramente, debió de experimentar la turbación y los apremios de quienes deben discernir qué es lo verdadero y qué es lo falso, qué mundo es real y cuál es ilusorio. Planteó, con sutileza, los aspectos más embarazosos del conocimiento humano empleando un lenguaje, a la vez que exquisito, riguroso, sin dejar de *someter las más presumibles certezas a las dudas fundadas en la fantasía.*

El objetivo de este texto es introducir las cuestiones filosóficas y científicas más relevantes tratadas por Borges en algunos de sus ensayos, cuentos o narraciones-ensayo, analizando el particular estilo literario con el que expone sus ideas.

Los temas filosóficos y científicos que han repercutido profundamente en Borges resonaron en otras literaturas, en filósofos, científicos y, en general, en la obra de muchos pensadores. Solo atendiendo a los aspectos formales de su obra, es posible penetrar en la estructura de sus juegos literarios —los que incluso en ocasiones asumen un carácter autorreferencial— y en los que los problemas filosófico-científicos parecen muchas veces resolverse y, otras, postergarse cuando Borges, luego de franquear lo obvio, bordea lo imposible.

Las temáticas seleccionadas versan acerca del carácter del espacio y del tiempo, el problema del origen y la estructura del universo, del infinito y de los números. Se refieren a cuestiones tan variadas como la causalidad y el azar, el orden y el caos, el eterno retorno; o el valor y sentido de la historia, las diferencias y la confluencia entre el hecho histórico y el relato histórico. Borges discurre acerca de cuestiones referidas a la percepción y a la memoria, la objetividad y la exterioridad del mundo a partir de los vínculos establecidos entre los estados

psíquicos del individuo y sus vivencias de lo real. Discute el valor del elemento mitológico como instrumento antropológico central. Encara los problemas planteados en las relaciones humanas en sociedades que él mismo inventó y diseñó; imagina ritos y discute el problema del origen de la humanidad. Considera la cuestión fundamental de la realidad del contenido del discurso y debate la posibilidad de que la verdad sea enunciable. Dinamiza los criterios de verdad, haciendo oscilar permanentemente el límite de lo real con lo fantástico.

Si bien no me considero un erudito en la obra de Borges, intento en este libro incursionar, de la manera más rigurosa y a la vez más literaria que me es posible, en dos aspectos particulares y fundamentales de su legado que considero íntimamente enlazados: los dilemas planteados por Borges y los problemas irresueltos. Para ello busco hacerme cargo de muchas de sus interesantes y hasta entretenidas picardías literario-filosóficas, siguiéndole el juego e intentando recoger algunas de las más relevantes “pelotas que Borges nos dejó picando”. No aspiro tanto a comentarlo como a imaginar las consecuencias de los planteos de quien constantemente ha inventado realidades, tan categóricas e impactantes como inexistentes e, incluso, imposibles.

Las sutiles y astutas artimañas borgeanas se derivan, muchas veces, del empleo de una selectiva y arbitraria erudición, en conjunción con el uso de una acabada estética del discurso y de la metáfora. Sus relatos fantásticos son verdaderos juegos literarios a tal punto extravagantes que lo real se vuelve inverosímil, y lo inverosímil se vuelve fantástico, presentados con un lenguaje tan impudicamente realista que muchas veces logra hacernos desear que lo increíble sea posible. No solo logra que aceptemos sus diseños declaradamente insólitas y hasta intolerables, sino que también nos invita a que nos deleitemos con ellos.

Borges juega con el lector de manera tal de obligarlo a evaluar situaciones absurdas, presentadas con una gran habilidad literaria, con la intención de que este comparta la misma perplejidad que el propio Borges finge padecer. Es que muchas veces su narrador representa a un personaje-escritor de nombre “Jorge Luis Borges”, quien con sus arbitrarias y extravagantes transgresiones exalta las incontenencias del

lenguaje, para luego reprocharle las consecuencias absurdas a las que puede derivar su uso.

Mientras que lo fantástico —el milagro, por ejemplo— posee una cuota de posibilidad, lo manifiestamente inverosímil nos ofrece, en cambio, la sensación de lo imposible; ¿será porque lo inverosímil, y no lo fantástico, es lo opuesto a lo creíble? Borges fusiona lo inverosímil con la ironía y, como la ironía no deja de ser una caricatura de la realidad, nos convence de que gocemos con sus metáforas, y nos lleva a concebir esos irresueltos mundos imposibles.

Digamos, al respecto, que la contradicción no era algo que a Borges le hubiera preocupado demasiado. Incluso, muchas de estas nos suenan deliberadas. Probablemente, algunas hasta fueron ignoradas por el propio autor. Sucede que en ocasiones la contradicción lógica cede su lugar a extravagantes paradojas que responden a una suerte de provocación literaria muy bien escrita, a veces en el límite de sinsentido semántico, lo que conduce a una especie de sobreactuación de lo fantástico, apoyada, muchas veces, como ya se indicó, en exquisitas metáforas.

Quizás, esto sirva para explicarnos las características de la por demás extravagante imaginación de Borges, su enorme experiencia en fantasear respuestas a preguntas imposibles; el uso de la metáfora cuando, para una asombrosa descripción, se carece de palabras; el recurso del mito para dar cuenta de un fenómeno natural o cultural con un origen remoto; su capacidad de inventar mitologías e imaginar cultos religiosos; su enorme facultad de introducir los prodigios de lo fantástico, que hasta lo autoriza a convencernos de que la matemática puede estar sometida a la imprecisión y a la aleatoriedad; su capacidad de presentar relatos que conducen a consecuencias insólitas y hasta intolerables de las que parece que solo a él le han sido reveladas y de las cuales, irónicamente, no aparenta hacerse responsable.

Borges es la arbitrariedad convincente; por eso ha sido un buen filósofo. A veces se convierte en un sofista escéptico a tal punto que provoca dudas acerca de la existencia de las cosas, de las que, bien podría decir Gorgias, de existir, serían incognoscibles o, de ser cognoscibles,

serían incomunicables. En efecto, en ocasiones, parece una reencarnación del más escéptico de los sofistas de la Antigüedad. Es creativo al modo de Georg Hegel, quien nos ha convencido de numerosas cosas, no por el contenido de su filosofía, sino por la imaginación y por el vuelo de su pensamiento, que muchas veces parece surgir de la espontaneidad de una asociación libre.

Borges promueve ciertos hallazgos sintácticos y logra otorgarles un sentido semántico. O, si se quiere, también a la inversa: intuye una semántica personal, arbitraria, incluso momentánea, y la presenta sintácticamente de una manera impecable. Decimos “momentánea” porque innumerables veces presenta alternativas y contradice lo que fue afirmado casi inmediatamente antes.

En muchas ocasiones nos sorprende, nos angustia, a la vez que nos entretiene con paradojas y con dilemas, con el fin, según creemos, de incitar al lector a admirar su imaginación. Oscar Wilde sostenía que la única manera de superar una tentación era sucumbir a esta; con Borges podemos sucumbir ante la excelencia formal de su escritura, ante la idea descabelladamente bella y ante las perfectas metáforas, pero no deberíamos tentarnos a resolver las derivaciones de los retorcidos contenidos de su pensamiento, a menos que elijamos hacerlo llamados por el afán de jugar tal como él lo hace con nosotros.

La mayoría de las veces, le escapa a la solución y nos deja, como ya hemos dicho, “la pelota picando”, aunque no quede claro hacia qué lado. En relación con esto y según postula Hillis Miller, existe un efecto Piranesi que consiste en “el poder que tiene la mente para hundirse en su propio abismo infinito, no vaciándose sino quedando atrapada en alguna forma de pensamiento o experiencia mental que se repite para siempre” (Miller, 1963: 67). El término “efecto Piranesi” fue acuñado por Miller en 1963 con el objeto de designar un procedimiento/experiencia general en la obra de Thomas de Quincey. Veinte años antes de que Miller le pusiera ese nombre, Borges —quien de hecho admiraba y citaba a De Quincey— incorporó el efecto Piranesi como técnica de sus experimentos ficcionales de la década de 1940 (Ledesma, 2019: 64).

El relato corto borgeano opera como permanente licencia para expresar lo categórico; sus metáforas —muchas veces exquisitamente absurdas— logran no solo sintetizar, sino también clausurar una cuestión determinada o una situación; en un cuento, la paradoja, buscada y hasta provocada intencionalmente, logra clausurar un problema y eludir, cuando se trata de un cuento-ensayo, una toma de posición. Por eso, en ocasiones, sus narraciones, luego de surcar numerosas idas y vueltas, concluyen con preguntas.

Por lo tanto, hay algo a lo que debemos resignarnos con frecuencia: la capacidad del pensamiento de crear problemas tan originales y sugerentes como tramposos, problemas que muchas veces carecen de una solución posible. Ciertamente, existen muy pocos problemas que pueden ser planteados en cualquier ámbito y cuya solución no dependa, al menos, de que la pregunta esté formulada de modo tal que ya contenga implícitamente la forma en que se concibe la respuesta (o las posibles respuestas). Casi siempre, de hecho, la respuesta es concebible incluso antes que la pregunta misma. Si esto no sucede, es porque deberemos recurrir a lo fantástico como una excusa sin reglas, como una especie de un todo vale que, presentado a lo Borges, resulta de una encantadora exquisitez. Es el momento cuando forma y contenido se confunden. Y, cuando lo fantástico no resuelve el dilema planteado, entonces, Borges nos impone una ambigüedad que se apodera de la situación, al modo del gato (cuántico) de Schrödinger, del cual, mientras no sepamos si está vivo o muerto, estará simultáneamente en ambos estados. El mundo está insinuado. El mundo, tal como parece mostrarlo la mecánica cuántica, es ambiguo. El hombre, en su afán por saberlo todo, hasta lo más ínfimo e íntimo de la naturaleza, ha descubierto que esta le resulta esquiva. Por eso Borges es ambiguo y jamás se decide. Según Edmund Burke: “Ninguna obra de arte puede ser grande si no es en la medida en que engaña; ser de otro modo es prerrogativa exclusiva de la naturaleza”¹ (Loudon, 1823: 70).

¹ Traducción del autor de “No work of art can be great but as it deceives; to be otherwise is the prerogative of nature only”.

Lo cierto es que no cabe duda de que en los momentos más sublimes de la literatura borgeana no encontraremos la voluntad de resolver los problemas cruciales, sino una intención de plantearlos de manera ilusoria de forma tal que se refieren a una realidad fantástica —si es que cabe el término— diseñada a los fines de provocar cierta angustia filosófica. O, en todo caso, con su literatura nos plantea problemas cuyas soluciones, ya sea en el ámbito del pensamiento, la intuición o el lenguaje, se hallan en el fondo de un abismo que aparenta ser interminable.

Los riesgos de la literatura fantástica de Borges consisten en extender sin censura su imaginación —imaginación que incluso promueve con promiscuidad contradicciones en su propio discurso— hasta lugares en donde lo fantástico se halle en los límites con el delirio.

En este libro intento sumergirme en los dilemas más audaces y fascinantes de su obra, pero no desde la mera exégesis académica ni desde la veneración pasiva, sino con el espíritu de quien se anima a jugar —en serio— con las trampas que el propio Borges dejó abiertas. Lejos de rendirme ante la ambigüedad o de congelar a Borges en el mármol de lo intocable, intento pensar con él, a seguirle el juego y, cuando hace falta, a desarmarlo. Propongo una lectura crítica y literaria en busca de posibles respuestas, sin resignarme al “todo es ambiguo” ni caer en el culto fácil al enigma.

Estas páginas atraviesan la paradoja, bordean el sinsentido y devuelven a Borges al lugar donde creo que mejor se lo debe emprender: en la frontera entre lo real y la ficción, entre la lógica y la ironía. Porque: ¿hay que resolver los problemas que Borges plantea, o hay que dejarlos latir? Prefiero no elegir entre imponer resoluciones categóricas o apenas develar los dilemas que Borges plantea. Me inclino, en cambio, por arriesgar, jugar con rigurosidad y —un poco— provocar...

Nota: Los antecedentes de esta obra, que además inspiraron su diseño y contenido, fueron, entre otros, el libro *Borges y la ciencia*, del cual fui autor del capítulo titulado “La invención borgeana y la verdad científica”, Buenos Aires, Eudeba, 1.^a edic. 1999, 2.^a edic. 2004;

también el capítulo titulado “Las imágenes renuentes del tiempo: la eternidad, el infinito en la historia y la perpetua carrera de Aquiles y la tortuga”, contenido en *Visioni, Alfabeti, Mondi. Borges e le immagini*, publicado por la Università degli Studi di Padova (Pisa, Edizioni ETS, 2022) y diversas conferencias, seminarios y cursos de grado y de posgrado dictados en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (algunos de ellos con la colaboración de Emanuele Leonardi), en la Università degli Studi di Padova y en la Università degli Studi di Palermo, estas dos últimas en Italia.

AGRADECIMIENTOS:

A Juan Pablo Bertazza, Leandro Alva, Laura Cardona y María Martha Arce, por su valiosa colaboración a lo largo de distintas etapas del libro, brindándome comentarios, sugerencias y correcciones que enriquecieron significativamente esta obra. A Alejandra Lidman por la ajustada edición de la desgrabación de un curso que dio origen a este libro. A Emanuele Leonardi con quien diseñamos y dictamos conjuntamente seminarios y cursos de posgrado sobre la obra de J. L. Borges en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.